

**Al pie de tu mirada
o
Ganados por el día**

ANTESALA

Regocijo, desenlace, zozobra... No sé cuál de estas palabras debería de emplear al momento de dar término a mí quehacer, a mi plan, a mí propósito. La verdad es que cada una de ellas se amolda a la perfección al estado de ánimo que me invade cuando enamoro primero, y seduzco después, al silencio con el que clausuro los hormigueos de la lengua y los delirios de la pluma.

Me hallo, así, al escribir y dar a la imprenta este libro, al final de un proyecto poético iniciado hace más de tres décadas: *Deletrear el Infinito*. Como lo aclarado en diversas oportunidades y en diferentes sitios, todo comenzó con la elaboración de un libro que, editado por Cuadernos Americanos en 1972, fue el producto de diez años de trabajo. Una vez publicado este texto, me sentí impulsado, en lugar de escribir algo distinto (del género que fuese) a lo que acababa de salir de mis manos, a *reescribir* el poemario recién aparecido. Reescribir implica aquí tenérselas que ver de nuevo con idénticos sentimientos, iguales preocupaciones y temas coincidentes con los de los poemas ya editados. La reescritura, en el sentido que le doy al término, guarda una estrecha analogía con el *tema y variaciones* de la música. El escrito propone, en efecto, el tema, y la o las reescrituras llevan a cabo las variaciones. Metamorfosis del tema inicial, la variación aborda el “asunto” desde un ángulo distinto, a partir de una experiencia enriquecida, con sueños, intenciones o preocupaciones de nuevo cuño. La forma en que se me ocurrió volver a escribir el libro ya publicado, fue la de convertir cada uno de los quince cantos que integraban el texto de 1972 en quince libros de diferente tamaño, carácter, forma, pero derivados o inspirados en la temática de los cantos o capítulos que conformaban el inicial *Para deletrear el infinito*.

La transmutación de los quince cantos en quince libros, fue apareciendo en diversos opúsculos; pero principalmente en *Para deletrear el infinito II* (1975-1981) y *Para deletrear el infinito III* (1981-1985), donde están incluidos diez de aquellos *cantos*,

convertidos en libros, como dije, de diversa amplitud y naturaleza. Después he publicado por separado los siguientes textos: *Por los siglos de los siglos*, *Las huestes de Heráclito*, *Apolo Musageta* y *El tránsito*. Si tomamos en cuenta, entonces, los diez libros agrupados en *Para deletrear el infinito II* (1975-1981) y *Para deletrear el infinito III* (1975-1981) y los cuatro textos que acabo de mencionar, hasta antes del presente volumen había pergeñado catorce de los quince libros que suponía el plan original de crear un mismo número de libros a partir de los cantos que estructuraban el texto de 1972. El presente libro es, entonces, la culminación de un proyecto o la realización de una meta.

¿Qué es lo que me he propuesto con el acto de escribir y reescribir *Para deletrear el infinito*? Algo tan natural, tan lógico, tan humano como intentar hablar *desde* el tiempo acerca de lo intemporal, o pretender asomarse desde el aquí y el ahora a la eternidad o, en fin, tratar de adivinar desde la finitud en que andamos o que somos, el “infinito malo”, que diría el viejo maestro alemán de la dialéctica.

En los últimos veintitantos años, desde *Para deletrear el infinito* (1972) hasta hoy, mucho he cambiado. Para bien o para mal. A veces me pregunto si he podido salvaguardar algún jirón de identidad en medio de tantas mutaciones. Y estos vuelcos –filosóficos, políticos, artísticos, personales- no dejan de hallarse documentados, por así decirlo, en los quince libros que representan el conjunto de variaciones respecto a los quince cantos iniciales.

Y nada más. ¿Qué podría decir en este sitio –aquí, a la hora de los estertores de la tinta- que no esté insinuado, escrito con todas sus letras o subrayado obsesivamente en el proyecto concluido? Detengo, pues, la pluma, /le levanto al silencio el ostracismo e invito a mis lectores a que comprueben cómo en el punto final que se avecina se encuentra acurrucada la promesa cumplida.

EL RUMOR DE LA NADA

PARTE DE CAMPAÑA

La nada, sin historia, vivía de plácemes.
Ningún Dios había intentado poseerla
para fraguar la materialidad.
Se trataba de una nada íntegra y sin mancilla.
Una nada virgen.
Una nada con nada de impureza;

La materia, en cambio, mantenía
desde tiempos inmemoriales
relaciones ilícitas con el no ser.
Preñada incesantemente por un coito de nunca acabar,
daba a luz sin cesar nuevas _____
capítulos, recorridos, existencias.

La verdad es que si las tropas del allende
no tuvieran el alma invencible que poseen
-el temor a la muerte que desboca a los humanos-
las huestes de Heráclito
habrían salido victoriosas
desde hace mucho tiempo
en el campo de batalla.

¿Qué puede, en realidad,
la sequedad de un silogismo
o el “trocito de seguridad, de certidumbre”

de cualquier inferencia
frente a las preces que levantan
los tronidos de los dedos?

ESPERA, PUES, ESCUCHAS MIS CUIDADOS

Un relato antiguo
es el efusivo punto
a partir del cual
el compás de la atención
traza su alrededor de niños.

Las mentes en cuclillas
le beben las palabras
al que cuenta.

La fantasía detiene los corceles
de su carro.

Una edecán nerviosa
reparte alas
entre el auditoria.

El placer es una chispa
en las frentes inflamables
del corro de chiquillos
y el asombro se introduce
como Pedro por su cielo
en todos los pronombres
personales.

El relator
ensarta con su aguja de vocales
las almas infantiles.

Nadie piensa entonces en sí mismo.

La autoconciencia
se evapora
por los ojos desorbitados.
Todos tienen su atención
abrevando las palabras
de la muerte de cisne del silencio.
Todo esto ocurre
si se trata de un relato
donde las hadas, los gigantes
o los gnomos
se ponen a lavar,
teniendo como instructora
a la espuma,
las manchas del aburrimiento
que sufre de vez en vez
la materia gris
de quienes oyen.
Pegados a su oído
como los que pegan las orejas
a las puertas que ocultan un secreto.
Pero si se trata
del antiguo relato de la aurora,
del aullido primero,
que emitió un tridolite,
no sólo los niños, las almas imberbes,
sino los adultos,
los graduados de angustia,
los que huelen y huelen
el puñado de polvo

-enlodecido por sus lágrimas-
que los constituye,
oyen electrizados,
con los tímpanos hincados de rodillas,
queriendo saber,
intuir,
adivinar,
dónde, cómo y cuándo apareció
el agua bautismal
de su placenta.
El antiguo relato
puede acudir al Génesis
y hojear entre sus dedos
a sus primeros padres.
Pero eso equivale a morderse
la redondez
de un mito.
Rendirle pleitesía
a la ceguera permanente,
a las niñas de los ojos
sin cuencos oculares
y acurrucadas
en posición fetal tras de los párpados.
Y quedarse masticando por los siglos de los siglos
la goma de mascar de la amargura.

Mejor es quizás volver los ojos
a la caterva de hombres
que extraviaron la fe

el día que celebraron,
con su entrechocar sinfónico
de copas,
su mayoría de edad
o su talar los árboles
para dejar de andarse
finalmente
por las ramas.
Aquí estalló por fin,
en su deslumbramiento original,
sin los pudores del escrúpulo,
el añejo relato
del inicio,
de la causa de las causas,
contemporánea
del gallo recién despierto
por la clarinada
de su pico
embadurnado de blancura,
en fin, el relato de relatos
de la primera causa,
la hija natural
del infinito.
Escuchémoslo.
Dejemos los prejuicios
encima del ropero.
Seamos todo oídos:
sepamos
del mandamiento inexorable

de que nunca se debe
“mencionar el nombre de la nada en vano”.
Lo único que tiene un principio,
un arrancar de pronto
(a partir de un silencio
huérfano de itinerarios)
es nuestro sueño,
nuestro andarnos
en las ramas de las nubes
con ademanes de aire.
Nuestra ilusión en cinta
de milagros.
Oh libro primigenio embarazado
con el semen
de la primera letra.
Mayúscula de ornato.
Silaba
que con tres bastonazos
da entrada
al antiguo relato
del verso de nunca acabar.
Narración que tendrá que llamarse
el antiguo
relato del principio sin principio,
de la contradicción conjunta,
ya que también aquí,
hacia atrás,
a nuestras espaldas
(como también hacia adelante)

se halla otra de las bellaquerías
que nos perpetra
el infinito.

LA BESTIADA

Hela aquí:
es una hormiga.
Se apresura,
mete primera
a su afán
de acceder
a no sé qué descomunales
pedruscos.

Lleva en hombros
la pesadísima carga
de uno
de mis poemas.

Mas cargados de tropos
e inquietudes.
Avanza, retrocede,
le pisa los talones
a la prisa.
Ay hormiga, mi amiga.
Me llevas a la pluma.
A pararme de estrellas en mi torre.

Eres un ápice

de fiera.

Tu rugido

-las hormigas

también rugen-

ensordece a las briznas

melómanas.

Eres un ejemplo

nervioso,

no de un grano de arena

que se sacude el aire,

o de polen que busca

su apareamiento aéreo,

sino de materia animada,

de independencia en ciernes,

de ojos recién estrenados,

de criatura que carga

en las mandíbulas

su diferencia,

su singularidad,

aunque sabe

que una excepción

no hace verano.

Tienes algo en común

con el antílope

y el salto de agua

que lleva entre sus patas

o con el gamo aquel

que pugna por ganarse a sí mismo en la carrera:

galopas incansable en tus milímetros
mientras llevas en la alforja
de tu instinto
un puñado fantástico
de rumbos.

También con la culebra
que empozoña su finitud
cuando da con su cola,
alimenta el *final*
con bocados de principio
y arruga la mano
arropando la cuna
con paletadas de tierra.

Mi hormiga:
te me vuelves
ojo de cerradura
por donde me azora
la evolución completa:
desde el protozoario
que estrena
las primeras posturas
de la libertad,
hasta los elefantes o los hipopótamos
que gustan de pacentar
en sus particulares
superlativos.

Lo que veo

a través tuyo
no es un bestiario,
un muestrario de bestias enjauladas
que infatigablemente
dan vueltas y revueltas
por el pequeño mundo
de su nombre latino.

No vislumbro un bestiario
(la galería aquella en que Linneo
clasificó el sonido y la furia
en todos sus géneros
y especies)

sino,
para darle un nombre,
una *bestiada*

la epopeya zoológica
donde los animales,
naciendo unos,
de otros,
se pasan su estafeta
de genes y de genes,
buscando

en ese mar
de mutaciones,
aullar de brújulas
y gruñir de espumas
arribar

a
buen

hombre.

AMALGAMA

El simio,
aterido de audacia,
observando en la bola de cristal
de su mano su futuro,
arrojándose a las primeras sílabas
del atrevimiento,
dejó su vida arbórea,
rompió relaciones con las nubes,
olfateó la tierra,
irguió sobre dos pies
un haz entero de preguntas,
se puso bajo el brazo algún itinerario,
buscó algún rincón para roer su angustia
y arrojó a sus ojos
a lidiar con el crepúsculo.

Los gruñidos,
vestigios cacofónicos
de la prehistoria del milagro,
se quedaron a las orillas
de su esencia.
El animal hurgó entre las basuras de su cuerpo
en búsqueda del hombre
del sentimiento,
la inteligencia,

la voluntad,
de este junco golpeado
por una lluvia torrencial de Dios
y se dedicó a ensartar
cuenta tras cuenta
su rosario de neuronas,
de células que esconden en sus núcleos
restos de más allá
o migajas de infinito.

Pero la criatura rebelde, no pudo ser amarrada
durante mucho tiempo
con las lianas
de la razón
y los nudos cada vez más ciegos
de la lógica,
porque el hombre
no es la cuna de un ángel
ni tampoco el sepulcro de una bestia;
es sólo un compromiso:
una sonata para espíritu
con acompañamiento
de materia.

II DEL INDIVIDUO Y SUS SUBURBIOS

OBSESIÓN

Deletrear la mayor de las palabras
no es el menor de los suplicios:
cuando estoy a punto de decir todas sus letras
se viene abajo la última sílaba
y tengo que volver a empezar.
Mi suplicio es el adelgazamiento,
la vulgarización del mito de Sísifo:
aparece como el tronco
que en las ferias de los pueblos
yergue la forma
austera,
ridícula,
innoble
y ensebada
que asume lo imposible.
¿No será que en el fondo
querría yo ubicarme
no en el sitio del ser
que, mordiéndose las uñas, deletrea
su pobre finitud en lo infinito,
sino allá en el lugar donde pervive,
gozando de las mieles que produce
un panal de relojes descompuestos,
la eternidad que arroja a la basura

la completa redada de sepulcros?
Por eso, en veces,
querría yo encontrarme
no del lado de aquel que deletrea,
sino del ser que se halla deletreado.
Mas qué remedio.
Como debo que ponerme
la camisa de fuerza del ni modo.
No tengo más opción que conformarme.
Arrullar mi puño.
Morderme un sueño.

ODA A LA MIGRAÑA

No sé si mi migraña sea una bellaquería
del cerebro,
una zancadilla del medio ambiente
o una especiosa síntesis,
como las nupcias de dos leprosos,
de ambas cosas.

Pero sí sé que:

me ha acompañado toda la vida hasta ser
mi cáncer de la guarda
y su empalagosa compañía
y ha fragmentado con frecuencia
mi corteza cerebral
hasta hacerme el más difícil y doloroso
rompecabezas de neuronas.

A veces la he odiado hasta tener orgasmos
de iracundia.

Otras, me he resignado a su presencia
como el jorobado que se consuela creyendo,
que está preñado de alas
o que puede ser la buena suerte del prójimo.

A veces, en fin,

me he encariñado con ella
como la noche melómana
lo hace con el aullido de los lobos.

Sé que me acompañará de por vida,
de tal modo que tendremos que compartir
la misma cama con el mismo epitafio
o el paladar de idénticos gusanos.

Es, asimismo, mi arma secreta:
cuando estoy en pie de cólera,
con todas mis ojeras levantadas en armas
y alimentando a mi onda de David
con el más redondo anhelo de descalabro,
es algo que puedo desear a mi peor enemigo
o al rival que le brinda a sus puñales
la dirección de mis órganos internos.

Ha acabado por ser la niña de mis ojos,
mi amante tormentosa,
la que ha convertido a mi psique en la sala de espera
de una puntual locura
o a la que le ha dado alas a mi mano
para tomar al vuelo una metáfora
huidiza.
Es un soñar despierto
en clave de la mayor
intensidad.

Es, lo diré sin ambages,
otro modo de ser de mi poesía
de este afán de amagar no sé qué fuegos
a fuerza de suspiros.

Es, en fin, algo así como la posibilidad de pergeñar madrigales
en una sala de tortura.

ASÍ

Vengo
adulcedumbrado
tras de verte,
mujer,
tanaccesquiva...

MANÍAS

Pastorear las palabras.

Subir una pistola a las sienas de mis versos
para obligarlos a salir a la intemperie
empapados de notas musicales.

Leer en un atril cada poema.

Cambiar las consonancias por rugidos.

Cantar a voz en verso confidencias.

Tararear metonimias y enlazarlas
a la melancolía de un geranio.

Encarrilar mi lápiz
a su metamorfosis en batuta.

Dar entrada, después de cada punto,
al coro de silencios.

Hay quienes me critican por todo esto.

Quienes ven mi debilidad
por el piano de Gustavo
por el violín de Enrique,
por la guitarra de Guillermo,
o por la música de los astros,
como señal inconfundible
de ser un músico frustrado,
una pluma con las alas cortadas,
un cuarteto de cuerdas
y de puntos cardinales

de un pentagrama inaccesible,
rebelde,
enamorado del silencio.

La razón les asiste: no me es dable
ocultar en subterfugios debajo de la almohada
lo que es obvio.

Yo tengo para mí que, cuando escribo,
sé que en cada palabra
hay una partitura pequeñísima
de alguno de los muchos sentimientos
que están en mi interior y desearían
que, por virtud del canto,
alguna vez pudiera hasta impostar
mi nudo en la garganta.

PROMETEO

Aquí con mis hermanos,
celebro al amigo de los hombres,
al titán que animó nuestra carne
con una centella del carro del sol
hasta forjar la vocación de nubes
de nuestra alma.

Celebro al que nos liberó
de la dictadura miserable
de los rodillas.

Al héroe que nos entregó el fuego
y sus virtudes:
desde cocer la carne y producirle, así,
el sentido de la orientación
hacia el estómago,
hasta formarle
al poema frustrado
el último suspiro
aleteante
esperanzado
de ceniza.

Enterados de su suplicio,
unos quieren dedicarse a la cetrería,
al safari de atmósfera,
con el deseo de dar caza

al buitre que desordena sin cesar
sus entrañas.

Otros, más radicales,
alimentado a la jauría de los músculos
con trocitos de cielo,
nos entregamos a la lucha
cuerpo a cuerpo con los dioses,
temerarios queremos desvanecerlos
para siempre, amenazarlos
acercarlos al precipicio,
inquietarlos,
moverles, en fin,
el cielo que pisan.

EPITALAMIO

Mi lengua en tu pezón
buscando endurecerlo
para ablandar así
tus reticencias.

Mis manos correteando tu blancura.

Mis piernas y tus piernas
intercambiando confianzas
y sudores.

En una palabra,
mis urgencias todas
entregadas a la práctica dialéctica
del desarrollo desigual y combinado.

EDADES

De joven

mujer era sinónimo de deseo;

Mirada, de promesa,

con sentimiento, de alcoba

beso, de excitación

abrazo de cama,

y sexo de paraíso.

De viejo

mujer es sinónimo de añoranza;

mirada de espejismo;

con sentimiento, de perplejidad

beso, de inquietud

abrazo, de temor,

y sexo de paraíso.

PUNTUALIDAD

El correr de los puntos suspensivos
es el camino empedrado de la sugerencia.

El invitado principal
de todo cumpleaños
es el punto y seguido.

El hito que divide una edad y otra
(la juventud de la madurez
del estercolero de olvidos)
es el punto y aparte.

En el velatorio, por último,
no es otro que el punto final
quien lleva la voz cantante.

III EL MUNDO CORRE PELIGRO

LA SUERTE ESTÁ ECHADA

El hombre, si verdadero,
tarde o temprano se ve en la necesidad
de atravesar su Rubicón.
Colgar una intención de siete leguas
de continuar adelante.
Todo es cuestión de atreverse
de pisarle los talones al arrojado.
De tragarse el espanto.
Acumular y acumular impulsos.
Ver con seriedad en la lejanía,
como un punto que camina hacia nosotros,
la pasión con urgencias de presente.
Poseer una mordaza
para todas las posibles grietas
de la indecisión.
Reclinar la cabeza en la esperanza
y dar al fin el paso...
Tal individuo es un ser,
para decir lo menos,
que carga bajo el vientre,
muy bien puesta
la pequeña canasta del escroto.

HONDERO FANTÁSTICO

El cielo no es únicamente
la meta del aullido de los lobos,
sino el blanco
de aquellos individuos que en su secreto
se suben por las noches a un montículo
para arrojar al aire sus órganos internos,
o que sueñan honderos siderales,
zaherir al Goliat del firmamento
con el aullante fuego de artificio
de
su
blasfemia.

EL PUENTE

Cuando la bestia descubrió en la Bella,
a mitad de lo excelso,
un vulgar ademán fuera de sitio;
cuando a su vez la Bella fue consciente
de que la Bestia había redondeado
un símil en su lágrima
para decirle perla entre sus redes,
se insinuó un arcoíris en el aire,
y fue posible oír,
como el punto final, con un golpazo
cierra la puerta al fin a un cuento de hadas
del último suspiro del relato.

Si, el cielo permanece, allá en su esencia,
fríamente beatífico,
y la tierra prosigue, aquí en su reino,
salvajemente efímera,
no es posible encontrar el pasaporte
entre el agua lustral preñada de ángeles
y el aceite terrestre que lubrica
la mudanza sin fin de los gerundios.

EN LA MIRA

En qué página

En qué pared

En qué palma de la mano

Escribir del poder,
decir que su ejercicio permanente
es como aquella espuma contagiosa
nacida de los turbios negocios
del agua estancada.

Hablar de la academia de la corrupción
y la maestría o el doctorado
de las manos sucias.

O también de las células pensantes
y su metamorfosis en microbios
que abrevan en su charco respectivo
de veneno.

El ansia de ser cúspide
y codearse con los lados accesibles
de lo infinito,
se vuelve indomeñable.

Droga que en el cerebro de su víctima,
hace su mejor plantación de **corruptos**¹.

En veces hasta luce el poderoso
ademanes de Dios,
aunque tenga de pronto

¹ Las palabras en negritas son de lo mejor que pudimos entender de la corrección de su escrito.

que morderse las uñas
de su cetro.

O llenar de almohadones
el trono inconfortable.

Dadme un hombre capaz
de renunciar al poder
para ponerlo en el centro de mi corazón
para volverlo el héroe legendario
que hizo de la excepción
la vergüenza de la regla.

NOTA A NOTA

Bueno sería trazar
un completo y actualizado mapamundi
de himnos nacionales,
porque hay himnos
que habitan en tal continente
en este o en aquél grado
de longitud o latitud,
o con una vecindad
mala o buena
con estos o con aquellos
otros himnos.

Hasta no es difícil hallar
cánticos colindantes
envueltos en permanentes
litigios fronterizos.

Además hay himnos nacionales
con los más diversos estados de ánimo:
los hay nerviosos,
satisfechos,
nostálgicos,
optimistas,
obcecados
o perversos.

Hay otros, así mismos, belicosos,
de pocas pulgas, altaneros,
que aúllan con la entraña,
o que educan a la pólvora,
desde pequeña,
para hacer de las suyas.

Himnos hay
que sueltan en sus notas engoladas
o en su amenazante sección
de percusiones
su vocación genocida.

Y cómo olvidar los himnos imperiales
que sueñan expandirse,
hincar sus dientes en otros himnos,
arrojarlos al mar,
Mientras estallan a los cuatro vientos
sus melodías de guerra.

Contra los himnos nacionales,
surgió un día,
destruyendo fronteras,
arrinconando límites,
desactivando idiomas,
un cántico con pretensiones ecuménicas.

Pero poco a poco
la gente fue advirtiendo
que ese cántico era

un himno nacional enmascarado.
Un himno patrio simulador
que buscaba
el holocausto de todos los himnos nacionales
para quedar dueño de la escena
y tomar a saco
el don de la ubicuidad.

No obstante, algunos himnos
gritando a voz en patria,
no tenían las lenguas enlodadas
por el narcicismo
de su diversidad,
e iban por el mundo
cargando en realidad la cruz
de sus fronteras.

Por eso no hay por qué entregarse,
atados de pies y manos,
a la desesperanza.
Llegará un día,
a la vuelta del futuro,
en que tengamos frente a nosotros:
la batuta,
y su trazo de jeroglíficos
en el aire,
las cuerdas,
los metales
y los cornos

consabidos.

Y de ahí brotará,
en clave de utopía,
de meta,
de deseo,
no los himnos fraticidas y antropófagos:
los himnos de rapiña.

Ni las Internacionales
embaucadoras,
manantial de melodías
envenenadas,
sino un nuevo,
auténtico,
verás
canto de hermanos.

Y es que,
forzosamente,
desoyendo los cantos
de sirenas,
reconstruiremos nota a nota,
adobe por adobe,
un cántico distinto.
Formaremos,
guiados por las voces
abiertas,
generosas
de algunos himnos venerables,

el himno de la especie,
del ser que vive,
sufre,
se desvive
y muere
en el telón de fondo
de su mundo.

En su afán de conquistar el cielo,
Ícaro fracasará
una vez y otra y otra;
más no puede cansarse
de asediar tantas veces a su impulso,
Al armatoste lírico de su anhelo,
cuando, a decir verdad,
el pertinaz propósito
de adueñarse del sol
dice en su brío
que el material que forma la esperanza
no es de cera.

IV LA METAFÍSICA Y EL CERO

LO MEDULAR

Se ha comparado la historia
con un río,
con la húmeda y permanente despedida
de un río.
Pero esta comparación ha acabado por ahogar
lo decisivo,
lo propio
de la historia.
La historia es en verdad
el tiempo por entregas,
el sueño de reposo
que emerge
(témpano de cerebro)
del ejercicio reiterado
de lo efímero.
La historia es todo aquello
que se opone
a la dictadura
de los gerundios
que corren con el agua.

A LA DIALECTICA

Tus tijeras gustan,
tras de barajar lo idéntico,
repartir,
como naipes,
las dos mitades de cada cosa.
Si el compás y la escuadra,
olfateando enigmas,
saben hallar nuevos mundos
y estrenar asombros,
tus tijeras
gozan con dividirlos,
tasajearlos,
arrojarles linderos,
hacer de la identidad
una pieza arqueológica,
una zona de fantasmas
en ruina.
Nadie puede mostrar su identificación
-su pasaporte,
su rúbrica,
su laberinto de tinta-
sin la amenaza de que tus tijeras
tramiten la emancipación
de la imagen del espejo.
Después de su festín de divisiones,

después de separar las pezuñas y neuronas
mezcladas en el centauro,
después de llevar a los opuestos
a las trincheras de su rabia,
después de señalarnos que no existe catapulta
capaz de arrojar el abajo
hacia el arriba,
después, en fin, de devenir origen
de la esquizofrenia
de la voz y el eco,
no pueden tus tijeras ocultar
el hilillo de sangre
que escurre de su boca.

CONSEJOS

La dialéctica debe hacer gimnasia sueca.
Despertarse temprano.
Irse a correr al parque.
Llevar terrones de azúcar para cada uno de sus músculos.
Sudar a mares, sin remilgos ni timideces.
Después, de darse un duchazo
(hay para eso una nube domesticada
en los departamentos)
y sentarse a la mesa,
con un hambre devoradora,
a escuchar la plática amarilla
del jugo de naranja.
Debe hacer esto todos los días
(sin atender al canto de sirena
del domingo)
durante su entera vida.
Y debe hacerlo
porque, si no,
se puede enmohecer,
perder agilidad y ritmo,
extraviar su identidad
y ser de nuevo la máscara
que te ciñes, metafísica.

EN UN DIA CALUROSO

Como si fuera consciente
de la ley dialéctica
“el reposo es relativo,
el movimiento, absoluto”,
el hielo pretende congelar
la excepción
de la regla.

Mas esta excepción
acaba por evaporársenos
entre las manos,
al calor incontrolable
de la regla.

OPTIMISMO

Que ya se terminó la historia.

Que ya nos podemos ir a nuestra casa.

Que ya debemos recogernos en la piel de nuestro yo.

Que vivimos en el mejor de los mundos imposibles.

Que ya.

Que ya.

Pienso, sin embargo,

que hay que limpiar de telarañas la hoquedad

del cero

amueblarlo.

Llenarlo de insectos y de flores.

Dotarlo de vituallas.

Colmarle sus bolsas de pasado.

Y sólo así, comenzar, nuevamente, desde él.

CLANDESTINIDAD

A fin de protegerle
de la fumigación ideológica,
escondimos a la rebeldía en los parajes,
en los libros,
en los sotabancos
en los sótanos
o en las entretelas de la discreción.
La hicimos pasar a la clandestinidad.
Le ceñimos una máscara de letras,
un pasamontañas hecho
con trozos de noche
que, voraz,
desdibujó sus huellas dactilares
y convirtió la pila bautismal en pieza de museo.
Le dijimos que era necesario hablar en voz baja.
Que utilizara con mayor cautela
la esquina de los ojos.
La pusimos a leer.
A hacer ejercicios.
A tener malos pensamientos.

V LOS PUÑOS Y OTRAS INTENCIONES

REALISMO

Bien vistas las cosas
por la raza no hablará
sino enmudecerá el espíritu,
se morderá la voz,
brillará al deslumbramiento
por su ausencia.

Hay que decirlo.

Por la raza hablará el odio
convertido en lema de un puño
y otras intenciones,
de un propósito, de un sueño
o de una Universidad.
La vesania a flor de piel,
los colores insolentes,
la diferencia en armas.

NACIMIENTO DE PUÑOS

Las hienas, blancas y pecosas,
se arrojaron contra sus enemigos
para desordenar, en cada rostro, las facciones.

Encomendaron después
a la llave,
al jabón
y al agua
la tarea de hacer que el asesinato
fuera absorbido
por el hoyo sediento
del lavamanos.

Se citaron, más tarde,
con la quietud insomne a flor de nervio,
en las inmediaciones de su júbilo.

Pretendiendo esconderse,
se ponen a lijar en cada dedo
sus huellas dactilares,
a ahogar en la pila del bautismo
las letras de su nombre
o a ocultarse, de prisa, a toda puerta,
tras del anonimato.

Pero ya con los otros, animándose,
corren a celebrar su tropelía,
a sintonizar su lengua en el aullido.
Saltan a celebrar la euforia ensangrentada,
el crimen excitante, su entusiasmo
con las manos recién ennegrecidas.

Un cántico rebelde
salta del pentagrama hacia los labios
como de una rama hacia otra.
Tal el aire que enciende sus motores
y debela el zumbido de la brisa,
el canto comenzó con un murmullo
(con un canto de cuna dedicado
al terror emergente)
donde el corro de voces continuaba
mordiéndose las sílabas.
Empezó nuevamente el cielo
para decir el huracán en ciernes.
Pero creció después hasta tornarse
una briza **en crescendo**.
Un rumor que, entonado en pie de ráfaga,
termina por contarnos
su personal versión de la tormenta.
Un estentóreo **negro espiritual**
donde son las entrañas, no la boca,
quienes se hayan cantando...

ESE DÍA

El verdadero día
nada tiene que ver con el sol,
con sus vísperas de gallo.
O con el carro de mudanzas
que se estaciona a orillas
del albor matutino
para trasladar todas las sombras
a otra parte.
Nada que ver con el movimiento
de rotación terrestre.
Nada que ver con las leyes naturales
o con el telescopio
que arroja a las pupilas
a espiar punto por punto los misterios
de las intimidades infinitas.
Nada que ver con...

El verdadero día tiene que ver
con el hipotálamo.
Con el hígado.
Con el esfuerzo.
Con los ejercicios matutinos de los glóbulos rojos.
Con la mirada turbia.

Con la mano comadrona
que ayuda a la potencia embarazada
a dar la luz el acto.

Con la militancia infatigable
en la obsesión.

Con los puños y su mística.

A MIS HEREDEROS

Quiero dejar a mis hijos,
de herencia,
mi rechinar de dientes.
Legarles este rencor
que he ido acumulando
a lo largo de mi vida,
para que se lo distribuyan
por partes iguales.
Me gustaría que recibieran,
a mi muerte,
una selección
de mis más insobornables epítetos
y de mis ademanes más temerarios.
Deseo que odien el poder
hasta más no poder.
Que no den nunca
el brazo de su rectitud
a torcer.
Que sean herederos
y continuadores
de la cólera,
el asco,
la furia,

el ansia de aniquilamiento
que hay entre el pecho y la espalda
de este energúmeno.

Mis hijos saben
que todo esto
tiene que ver con el amor.

HAREM DE ESPERPENTOS

Don Juan no supo cómo detener el paso de los años. Y espiando a izquierda y derecha como si se cuidara de que nadie lo viese, entró con paso firme en la tercera edad.

Al principio, los cambios fueron irrelevantes: las arrugas en la frente, las manchas en las manos y la propensión a contar una vez y otra y otra la misma anécdota – por ejemplo, la temeridad de acceder a un balcón desdeñoso con la enredadera de una serenata-, se vieron compensados por las pinceladas de tiempo trazadas en sus sienes (que le daban un aspecto atractivo y enigmático) y por un cierto aire de serenidad que emanaba de su voz, su mirada, sus gestos.

Ya desde su más lejana juventud, don Juan se vio en la imposibilidad de acallar la voz interna incubada en sus entrañas. Esta voz se hallaba siempre a todo volumen: sintonizada en el prurito insaciable del tonel sin fondo. Las tensas ambiciones que embargaban de común a sus órganos internos, hubieran sido la causa de que Don Juan viviese un prematuro círculo infernal, a no ser que sus exigencias y su tronar de nervios, hallaran siempre en su bello físico, su *ars amatoria* y su forma universal, los aliados perfectos para garantizar la puntual satisfacción que le acarrea la nunca disminuida destreza en la seducción.

Si Don Juan ponía el ojo en alguna fortaleza, esta no podía dejar de sufrir el derrotismo de las cuarteaduras. De ahí que Leporello llevara el catálogo “de las bellas que amó mi patrón” como la fría estadística que realizan la envidia y el asombro de las aventuras del maestro en pezones y Doctor en caderas.

¿Cómo iba a resistir una mujer a la que sólo cubre la túnica del escrúpulo cuando todas reticencias es desabotonable? ¿Cómo protegerse del caballo de Troya cuando la ciudad acumula en el fondo ansias de caballeriza? ¿Cómo hacerle frente a un deseo que toma de la mano a un deseo y levanta a otro deseo?

Por eso Don Juan terminó por convertirse en el mayor coleccionista de concupiscencias en lo que va del hombre.

Pero no supo detener el tiempo, o, si se quiere, no atinó a vacunarse contra el gerundio. Y ahora, con los ojos papujados, los pasos inseguros, la papada oscilante, se diría que las aspiraciones de Don Juan han sido abandonadas, dejadas de la mano de Dios, o a la deriva en los flancos oscuros de la brújula. Mas todavía disfruta de indudables riquezas en su haber. Es verdad que la

prestancia de otros días ha sido victimada por la amnesia del espejo o también que la belleza se asfixia inexorablemente en su caricatura.

Sin embargo, a pesar de las devastaciones que el reloj ha fraguado en sus dominios, su renombre, su experiencia y una audacia que sabe arrinconar a los recelos, le permiten aun algunos triunfos. ¿quién iba a decir que la chiquilla de quince abriles que hablaba el amargoso lenguaje del desdén le abriría de par en par los huecos de la entrega? ¿o que la joven esposa que urdía en su vientre sus mendrugos de niño consintiera en calzarse, sin culpas, de por medio, su mal paso?

Durante algunos meses, Don Juan salió a la pisca de milagros. Mas después, poco a poco, se fue quedando a solas con el aire angustiado de sus manos vacías. Ni la ciencia de la seducción, ni el prestigio universal, le sirvieron de nada. La lámpara de Aladino agotó sus virtudes y acabó por tener sólo la lucecilla necesaria para alumbrar su impotencia.

La imaginación vino entonces en su ayuda. La cacería, tras de amordazar a la costumbre, cambió de blanco y el instinto sabueso remodeló su olfato: Don Juan decidió ir en pos de la muchacha gorda, de la tuerta, de la coja y de la enana. Hay quien afirma que en este desfiladero del ridículo, Don Juan proseguía sintiéndose el amante perpetuo, el hombre que sabía forzar, con una explosiva mirada de reojo, los rigores de una puerta o la duda asustadiza de un prejuicio.

Después optó por incluir en su lista una que otra mujer ya muy entrada en años. Sin duda que hay ancianidad que, en medio de las ruinas de su cuerpo, ha podido conservar la soberbia a dos voces de su seno. Hay mujeres que lo han perdido todo: la línea, la figura, los escondrijos de lo bello, pero tienen guardado en la despensa de su recato el más hermoso pubis de la ciudad entera, canoso, sí. Más rizado por quien sabe que dedos invisibles, cálido y suave, como el mejor estado de ánimo del terciopelo. Y es verdad que existen viejas arrugadas, sin dientes y que solo pueden desplazarse si un bastón les da la mano. Pero vistas de cerca, cara a cara entre ojeras hendidas y parpados hinchados lucen una mirada inmarcesible, impenetrable casi a lo fugaz.

Don Juan seguía insistiendo. La voz de su organismo palpitante, continuaba velando sus súplicas, sus pesadas rodillas con un ropaje de órdenes. Y él iba de una cita a otra cita, intercambiando entrañas, mechones sin raíces o trozos de epidermis con brujas, espantajos, adefesios. Y aunque al final tuviera –verdadero sultán en su Harem de esperpentos- las manos barnizadas de carroña, el prosiguió creyéndose el perpetuo salteador de descuidos y virtudes.

Cuando accedió don Juan a su agonía y cuando el combinado de piedra de la lápida, podía suponerse en camino, nadie supo decir si los ruidos que emitía su aliento eran estertores de muerte o jadeos de orgasmo. Pero tal vez Don Juan, seductor asimismo de la muerte, se imaginó que estaba, al fallecer, no rindiéndole cuentas al vacío, sino ampliando su lista interminable solo con otro nombre.

SIETE APUNTES DE EROTISMO CAMPIRANO

I

Al Eufemio Gutiérrez, de Milpa Alta,
se le juyó la vaca pinta
(que era la niña lechera de sus ojos)
y él, agüitado,
sintió que se le había desamarrado de la estaca
el sentido de la vida.

II

Que no me quieres, chole,
porque debo muchas vidas.
Que porque anduve matando
por acá y acullá,
que porque tengo acalambrado de tanto usarse
el dedo del gatillo.

Pero si no me quieres
también deberé mi propia vida.

III

Virgencita:
te ruego que el calorcito
que siento entre las piernas
se me aplaque.

Por más que me empeño
no puedo apagarlo
a juerza de suspiros.
El padrecito
dice que es una llamita
escapada del infierno.
Y a lo mejor que es ansí.
Porque me la paso toditita la noche
preguntándole a mi insomnio
cómo hacerle pa que por áhi se me meta
un pecado mortal.

IV

El padrecito Juan
y una vocecita de incienso
que hay en mí
no permiten mis amoríos
con el arriero
que está aún matrimoniado.
La meritita verdá es que
lo que Dios arrejunta
no lo puede deshacer
una de las depravaciones
que se hallan acurrucadas
en alguno de tus laditos,
corazón.

V

Yo sólo quero, Epitfania,

que me dé una probadita
de la cena con que tiene siempre feliz
a su marido.

Ah como me gustaría probar
esa receta de la q él presume
de dos naranjas
chorreadas de miel de piloncillo.

Andele Epifania: yo le ayudo
a tender el mantel
sobre su catre.

VI

Por Dios santito,
no se me encanije, Don Melquiades.
Pero pa que usted entre en mi jardín
y corte la flor aquélla,
se necesita ansina
que le pida la mano a mi consentimiento.

Si no,
si piensa ser malora
y saltar los muros por la noche,
a la hora en que tan sólo
tienen el ojo pelado
los descuidos,
no se imagine
que mis virtudes
van a estar dormidas a pierna suelta.
No, mi don Melquiades.
En torno de la flor ésa, que busca

deshojar con sus suspiros,
montan vigilancia
como alitas
mis manos
que jueron,
cuando era yo mocosa,
al catecismo
y sacaron de áhi
su decálogo
de espinas.

VII

Sosíéguese, Don Refugio,
no siga achicopalando a mis ojos
con la ausencia
de su hija.
El gavilán pollero sólo es una canción
capturada por alguna guitarra de rapiña.
Un rifle de a mentiras.
Una amenaza, sí; pero sin piedra.
Mire, en toditito mi cuerpo
no hay más que una pequeñísima parte
con malas intenciones.

VI LAS ENTRAÑAS DE LA PALABRA

TORTURA

Contrae soledad.

Deletrea en un tonel sin fondo
el infinito.

Encarna en el cuerpo sudoroso
que empuje aquella piedra,
ascendiendo a su mal de montaña.

Tan amargo
como las cámaras de tortura
de la mitología.

Tan pavoroso
como la gota de tinta
que cae sobre tu frente,
poeta.

OBSERVACIÓN

En mis viejos tratados de filosofía
aprendí,
ha tiempo,
que no se debe confundir
los distintos y los contrarios.
La luna y el perro son distintos.
El día y la noche, contrarios.
Un seno y el otro, distintos.
La poesía y el orden existente,
contrarios.

VII CATALEJO Y UTOPIÍA

ODA A NUESTRA EMBARCACIÓN

Todo barco,
para que lo sea,
tiene que conocer,
vivir,
saborear
una tempestad.

Víctima de famélicas
tarascadas de espuma,
su proa,
(su olfato de futuro)
deberá sufrir
el delirio de pasos
de la desorientación,
amén del extravío
o del naufragio
de toda tierra firme
enterrada
bajo el líquido entrechoque
de feroces
gerundios.

Todo barco,
para que lo sea,

tiene en veces
que hallarse a la deriva
o a la mala de Dios.
Bogar roto,
destartalado,
huérfano de astilleros,
harapiento de velas,
pordiosero de segundos
más de vida.

Para que lo sea,
tiene que recorrer
enfebrecido
por todos los litorales
de su brújula,
y tantear,
empapado de locura,
su camino
tortuoso
en medio
de puntos
suspensivos
embravecidos.

Sólo así.

Sólo así
podrá estallar el motín a bordo
que lleve a la esperanza

a adueñarse del timón
que conoce el idioma
de la meta
y hoy se encuentra
aullando hacia la luna.

Sólo así
podrá ser suprimida para siempre
esa avanzada del mar
que perla las pestañas
de todo marinero
cansado,
pesimista,
venido ya en espectro.

Marinero:
hay que remar
con la meta anticipada.

El ideal

¿El faro continúa arando en el desierto?
Dicen tal. Pero yo,
que me encuentro al pie de tu mirada,
sé que nuestro destino está muy próximo,
a golpe de ilusión
y a mano izquierda.
El ancla imperceptible de la brújula
se encuentra descendiendo.
No nos separa ya todo un océano
de la meta.
Un reflector se arroja, sol en mano,
al vocablo *enseguida*.
Entre el faro y nosotros
sólo se halla una lágrima,
el mar que se condensa ante los ojos
al tamaño preciso
que nos nubla la vista.

A buen recaudo

La nave sacudida
empezó a hacer agua.
O, si se quiere, llanto.
Válgame Dios,
el golpe con los arrecifes
hizo que el palo mayor,
con todo y velamen,
se desgajara ruidosamente:
sólo quedó un inútil harapo
para continuar negociaciones
con el viento.
La brújula, el verdadero vigía,
insomne,
sedienta de agua dulce,
se sintió devorada
por el canibalismo
de los cuatro puntos cardinales.
La desesperanza,
el temor,
el tronar de unos dedos
con las uñas raídas,
la zozobra de la carga
en medio de un vórtice
de latidos,

el hormiguero de la angustia,
todos,
todos corrieron a refugiarse
en el azoro
de sus órbitas.

Quién les iba a decir
que la embarcación
había encallado,
por fin,
en la tierra prometida.

ÍNDICE

ANTESALA.....	
.....	2
I El Rumor de la vida.....	4
II Del individuo y sus suburbios.....	17
III El mundo corre peligro.....	31
IV La metafísica y el cero.....	
V Los puños y otras intenciones.....	
VI Las entrañas de la palabra.....	
VII Catalejo y utopía.....	